

Pobreza *vis à vis* intolerancia: manifestaciones del conservadurismo en la praxis política estadunidense

*Silvia Núñez García**

*The horses of modern politics are
ideologies and the social visions they embody.*

Mark Gerson

Para adentrarnos en la reflexión sobre un tema complejo y polémico como lo es la pobreza en Estados Unidos vista a través de la lente del pensamiento conservador, es indispensable no sólo contextualizarlo como uno de los dilemas más acuciosos de esta década para la sociedad

* Investigadora del CISAN, UNAM y coordinadora conjunta del proyecto de investigación “El conservadurismo en Estados Unidos y Canadá: tendencias y perspectivas hacia el fin del milenio”.

Quiero expresar mi aprecio profesional a Luis Salazar quien, con sus valiosos comentarios y observaciones, contribuyó al debate crítico de este trabajo al subrayar la necesidad de nuevas

estadunidense, sino como el argumento central para la justificación y conducción de una serie de ajustes a los esquemas tradicionales de política social.

Con este marco, nuestra intención primordial es describir los estrechos vínculos que existen entre las últimas reformas efectuadas en 1996 a los programas de atención a la pobreza (*welfare*), su debate al interior de diversas organizaciones conservadoras mejor identificadas como *think tanks* y el tamiz ideológico defendido por algunos de los exponentes más influyentes de la denominada tendencia neoconservadora (Irving Kristol, Norman Podhoretz, Daniel P. Moynihan, Seymour Lipset).

Creemos que de esta manera, nos acercaremos a una visión comprensiva acerca del significado de la pobreza “en medio de la sociedad de la abundancia”.¹ Al subrayar la interacción entre el ejercicio de ciertas políticas públicas, sus actores e ideologías, se busca explicar cómo corresponde la mediatización de las desigualdades socioeconómicas a una estructura de pensamiento que tradicionalmente ha descartado la posibilidad de resolver dichas desigualdades desde sus causas. Es decir que, para nuestra perspectiva, la definición de conservador queda circunscrita al reconocimiento que hace Kenneth R. Hoover en su obra *Ideology and Political Life*, señalando que “[...] las diferencias entre las personas son más importantes que las similitudes”.²

perspectivas sobre el mismo, a partir de una revisión que incorpore el estudio de la responsabilidad de los actores progresistas liberales (las izquierdas) de Estados Unidos en el deterioro de la política social y que rescate el papel protagónico que compete a las sociedades contemporáneas para redistribuir sus compromisos respecto a los problemas de marginación y exclusión. En síntesis, que se aproxime al fenómeno de la pobreza considerándola un problema éticamente inaceptable para nuestro modelo de civilización.

Un reconocimiento especial a los compañeros del área de Apoyo a la Investigación del CISAN, quienes colaboraron en la selección de material especializado, así como mi agradecimiento personal a Araceli Taboada y Rosa Bill, quienes pacientemente capturaron y corrigieron las distintas versiones de este trabajo.

¹ Véase Harrell R. Rodgers Jr., *Poverty Amid Plenty: A Political and Economic Analysis* (Nueva York: Random House, 1979).

² Kenneth R. Hoover, *Ideology and Political Life*, 2a. ed. (Belmont, Calif.: Wadsworth, 1994), 45-80. Para una aproximación detallada sobre los orígenes y definiciones del concepto en cuestión véanse Kenneth R. Hoover, “El futuro del capitalismo conservador”, en Mónica Vereá y Silvia Núñez, coords., *El conservadurismo en Estados Unidos y Canadá. Tendencias y perspectivas hacia el fin del milenio* (México: CISAN-UNAM, 1997), 33-47, y a Paz Consuelo Márquez-Padilla, “Tendencias conservadoras en Estados Unidos”, en este mismo volumen.

LA DIMENSIÓN CUANTITATIVA DE LA POBREZA

Hoy en día se calcula que dentro de un universo aproximado de 260 millones de estadounidenses, entre 10 y 15 millones permanecen en estado de pobreza crónica, incluso a través de varias generaciones, sin que al parecer les sean benéficos los programas gubernamentales de alivio a su condición. La cifra anterior aparece incorporada al total de 32 500 000 de personas que se calculaban en el nivel de pobreza³ al principio de la presente década, siendo especialmente significativo que para 1996 casi 15 millones de ellos fueran niños. A este respecto, se puede añadir que Estados Unidos ocupa el decimoquinto lugar de entre 20 países industrializados con los índices más altos de mortalidad infantil, uno de los más fieles exponentes del nivel de vida para cualquier comunidad humana.⁴

En términos de distribución del ingreso, los indicadores arrojan que dividiendo el total de la población en quintiles, el quinto de estadounidenses más ricos detenta casi el 50 por ciento de los ingresos familiares totales, en contraste con el 4 por ciento obtenido por su contraparte más pobre.⁵ Por otro lado, si se considera que tanto este indicador como el referido a la concentración de la riqueza se reflejan paradójicamente en lo que se podría denominar como la *estructura de administración de la democracia estadounidense*, se observa que a mayor ingreso o riqueza corresponde una activa participación política de las personas, en contraste con la ejercida por los pobres que se mantienen al margen, pese a su estrecha dependencia de las políticas de asistencia social, ¿o quizá precisamente por ello?

La concentración de la riqueza es todavía más significativa cuando se piensa que en dicho país se genera el PNB más grande del mundo y que sólo el 10 por ciento de las familias más ricas detenta el 57 por

³ Para 1991, la línea de la pobreza se establecía por debajo de los 14 000 dólares anuales como ingreso promedio para una familia de cuatro miembros. U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census, *Economic and Statistics Division*.

⁴ Cfr. Jim Cason y David Brooks, "En la pobreza, 15 millones de niños en E.U.", *La Jornada*, 2 de junio de 1996, 1, 52, y Christiane B. Hale, *Infant Mortality an American Tragedy* (Washington: Population Reference Bureau, 1990).

⁵ U.S. Bureau of the Census, *Current Population Reports P-60*, no. 174, Money Income of Households, Families and Persons in the U.S., 1990, USGPO, Washington, D.C., 1991, 202.

ciento del capital neto acumulado, en tanto que el 40 por ciento de las familias más pobres no alcanzan siquiera a ser incorporadas bajo este criterio.⁶

Dado que la pobreza tiene una correlación directa con el empleo y el factor educativo, no se puede omitir que aun con las variaciones positivas de un par de años atrás, el desempleo viene aumentando en aquella nación paulatinamente, a consecuencia del avance tecnológico y los profundos cambios hacia una economía globalizada,⁷ al mismo tiempo que los parámetros educativos se han polarizado.

En relación con la esfera del trabajo, a pesar de que la tasa absoluta de desempleo continúa a la baja, pues en abril de 1997 registró sólo un 4.9 por ciento como cifra histórica mínima desde los tiempos de Nixon,⁸ se incrementan fenómenos que nos hablan de un número indeterminado de trabajadores en estado de “desempleo friccional” en Estados Unidos, puesto que por las características de sus actividades remuneradas, concluyen un trabajo y deben esperar un cierto periodo para insertarse en otro antes de percibir nuevos ingresos.

Así, en el marco actual de las economías de libre mercado y la producción flexible, es cada vez más frecuente la movilidad de la mano de obra bajo los esquemas de *free lance*, mismos que distorsionan los parámetros tradicionales para medir el desempleo porque hasta la fecha se remiten a reconocer sólo a las personas que andan en busca de un trabajo, y no a aquellas que han sido desplazadas temporalmente del mercado laboral.

En lo concerniente a la educación, diversas fuentes fidedignas estiman que en contraste con los 12 millones de estudiantes matriculados en las instituciones de educación superior de Estados Unidos, subyace cerca del 20 por ciento de la población de aquel país como analfabetas funcionales; una octava parte de los niños abandona la escuela y sólo el 50 por ciento de los trabajadores que viven en nivel de pobreza han concluido la educación secundaria.

⁶ Véase Thomas R. Swartz y Kathleen Maas Weigert, eds., *America's Working Poor* (Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, 1995).

⁷ Véase Jeremy Rifkin, *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, trad. Guillermo Sánchez (México: Paidós, 1996).

⁸ Robert D. Hershey Jr., “U.S. Jobless Rate Declines to 4.9 per cent”, *The New York Times*, 3 de mayo de 1997, p. 1 (A) y 22.

Para abreviar, subrayaremos que en la actualidad el estado de pobreza ha dejado de estar asociado a la falta de empleo, pues se presenta el fenómeno de los llamados *working poor*;⁹ cuya característica principal es que pese a tener un empleo de salario mínimo (4.25 dólares por hora) no obtienen lo suficiente para mantener a una familia de tres personas fuera de este estado. Se calcula que de 32 500 000 personas en situación de pobreza al inicio de esta década, más del 50 por ciento subsistían en familias en donde por lo menos un miembro tenía trabajo.¹⁰

Por otra parte, cerca de la mitad de los adultos pobres menores de 65 años registrados en un estudio de 1995, aparecían como ocupados por lo menos en empleos temporales. Aun cuando por lo regular la mayoría de los “pobres con empleo” carecía de un trabajo de tiempo completo y estable durante todo el año, se calculaba ya que 2 400 000 estadounidenses permanecían en la pobreza, pese a contar con dichas condiciones de excepción.¹¹

EL WELFARE COMO POLÍTICA PÚBLICA

Para comprender el alcance de las políticas de alivio a la pobreza en Estados Unidos y las implicaciones sociales de sus recientes reformas, debe ponerse en claro que antaño han existido diversos programas para promover aspectos como la educación (Head Start), la capacitación para el trabajo, la alimentación (Food Stamps) y la salud (Medicaid), entre la población más desprotegida.

Aun cuando en general todas estas iniciativas vienen siendo objeto de algunos recortes y revisiones, fijamos especial atención en el programa AFDC (Aid to Families with Dependent Children) comúnmente reconocido como *welfare*, por consistir en un subsidio monetario dirigido a personas que no pueden física o socialmente proveer lo

⁹ Lars Osberg, *Economic Inequality in the United States* (Nueva York: M.E. Sharpe, 1983), 44.

¹⁰ Véase Elaine Levine, “La reforma de la seguridad social en Estados Unidos”, en Saúl Osorio y Berenice Ramírez, *Seguridad o inseguridad social: los riesgos de la reforma* (México: IIEC/UNAM-Triana, 1997), 219-247.

¹¹ *Focus on Poverty*, informe de otoño de 1996, en <http://www.uaw.org/uawreleases/jobs-payeconomy/poverty.html>.

mínimo indispensable para sus hijos, incluso en situación de padres o madres solteros.¹²

Como se podrá intuir, la institucionalización de un programa como éste devino en especial controversia pública y particular aversión entre los sectores conservadores, hasta culminar hoy en su sustitución por un nuevo sistema de asignaciones de monto fijo (*block grants*) para cada uno de los estados, quienes a partir de ello contarán con la facultad discrecional para determinar sus propios programas de asistencia y los criterios de selección para los beneficiarios. Además, se condiciona entre otros, el apoyo económico a las madres solteras menores de 18 años, obligándolas a vivir con sus padres y continuar estudiando, dejando incluso la opción de que cada estado les niegue el subsidio.¹³ En este nuevo marco, cada familia podrá ser beneficiada por un límite de dos años consecutivos y un máximo total de cinco años,¹⁴ se calcula que casi tres de los cinco millones de familias incorporadas al *welfare* resultarán afectadas.¹⁵

Así, en el texto del líder conservador Newt Gingrich denominado Contrato con América vemos plasmados los postulados centrales que llevaron a la última reforma de los programas de asistencia pública directa o *welfare*, recién en agosto de 1996. Partiendo de una severa crítica sobre los efectos de dependencia extrema que los beneficiarios de dichos programas generaron para con sus estructuras, los conservadores se fijaron ya la tarea de romper lo que consideran un círculo vicioso.

El Estado adquiere ahora la obligación de promover la inserción al trabajo de los beneficiarios del *welfare*, con base en la necesidad de revertir problemas crecientes de criminalidad, ignorancia, depauperización, desintegración familiar, embarazos adolescentes, etc. y

¹² Los montos mensuales promedio por familia fluctuaban considerablemente de uno a otro estado, registrándose desde 187 dólares en Misisipi hasta 655 en Vermont. U.S. Department of Health and Human Services, *Annual Statistical Supplement to the Social Security Bulletin*, 1993, (Washington, D.C.: USGOPO, 1993), 331.

¹³ Levine, "La reforma de la seguridad...", 243.

¹⁴ "The New Welfare Bill; The Buts about It", *Time* 148, no. 8, 12 de agosto de 1996, 22; y George J. Church, "Ripping Up Welfare", *ibid.*, 21.

¹⁵ Levine, "La reforma de la seguridad...", 243.

que —según se afirma— encuentran su origen en el excesivo paternalismo de la política social.¹⁶

Importante será que las nuevas estrategias sean correspondientes a las condiciones del mercado de trabajo, evitando el fracaso de modelos anteriores como el denominado Jobs Program, que generó un gasto de ocho mil millones de dólares entre 1989-1994, mientras que sus efectos fueron desalentadores al proveer empleo sólo al 11 por ciento de los estadounidenses adscritos al *welfare*.¹⁷

EL DEBATE SOBRE LOS PROGRAMAS DE ALIVIO A LA POBREZA AL INTERIOR DE DIVERSOS *THINK TANKS* CONSERVADORES

Los esfuerzos de los grupos conservadores organizados para minar las políticas de alivio social son en la actualidad particularmente consistentes, aunque heterogéneos en sus énfasis. Coinciden por resaltar que sus efectos no sólo han traído consecuencias desastrosas para la economía de la nación —una erogación que desde la puesta en marcha de la denominada “Guerra contra la pobreza” en 1965 ha representado un total de 3.5 billones de dólares—,¹⁸ sino que sus objetivos para disminuir los índices del problema fracasaron, tanto más si se toma en cuenta que propiciaron una serie de desequilibrios en el tejido social.

¹⁶ Newt Gingrich *et al.*, *Contract with America* (Nueva York: Random House, 1994).

¹⁷ El Job Opportunities and Basic Skills Training Program (Jobs Program) fue establecido en 1988 con el propósito de educar, capacitar para el empleo y otorgar servicios a los beneficiarios del *welfare*, estimulándolos a ingresar —o reingresar— al mercado laboral. Los datos provienen de la General Accounting Office. Véase Merrill Matthews Jr., “Answering Critics of the Welfare Reform Act”, *National Center for Policy Analysis (NCPA) Idea House*, 27 de enero de 1997. Tomado de <http://www.public-policy.org/~ncpa/ba/ba219.html>.

¹⁸ Michael Tanner, “Welfare Reform”, *CATO Congressional Testimony*, 9 de marzo de 1995. Tomado de <http://www.cato.org/testimony/ct-ta3-9.html>, 20 de mayo de 1997. La palabra Cato proviene de las denominadas “Cartas de Catón” (*Cato's Letters*; aludiendo a Catón, el célebre cónsul romano) que, publicadas en el anonimato por los ingleses John Trenchard y Thomas Gordon en *The London Journal* entre 1720 y 1723, promovían la libertad de conciencia y expresión que estimularon los fundamentos filosóficos de la revolución de independencia de Estados Unidos. De esta tradición surgió hace 21 años el Cato Institute, entre cuyos objetivos está promover políticas públicas basadas en la libertad individual, el gobierno limitado, el libre mercado y la paz. Véase <http://www.cato.org/pubs/letters/cato/ett.html>.

A este respecto, se afirma que el sistema del *welfare* ha desembocado en una injusticia generalizada para los contribuyentes, quienes han pagado en especie por programas ineficientes; para los pobres, quienes han sido atrapados por un círculo vicioso de dependencia que les resta oportunidades, los debilita como individuos capaces por sí mismos y como ejemplos para sus hijos; y para la sociedad, puesto que hace a un lado instituciones como la familia, la comunidad o la iglesia.

Proseguimos para revisar los argumentos de diversos portavoces de los grupos de presión y ejemplificar el espectro de posiciones conservadoras.

EVERGREEN FREEDOM FOUNDATION¹⁹

Sostiene que es importante que las políticas públicas “recuperen el sentido común”, para lo que propone el total desmantelamiento de “la cultura del *welfare*”. Considera que las actuales reformas a la política social deben continuar sólo temporalmente, en vista de que las actuales asignaciones de monto fijo no modifican sustantivamente la relación entre los donadores de los recursos —en este caso los contribuyentes— y sus receptores —los beneficiarios de estas políticas—.

Sus posiciones están en abierto desacuerdo respecto de la participación activa del gobierno, en cualesquiera de sus niveles, en la definición y puesta en marcha de programas de alivio a la pobreza. Defienden la filantropía como el mecanismo idóneo para que los individuos y las instituciones privadas decidan con plena libertad cómo, cuánto y a quiénes se debe ayudar. Entretanto, proponen que los condados reciban directamente los recursos asignados por los estados, para que a su vez estén en plena facultad de contratar a prestadores de servicios de asistencia social privados que garanticen un óptimo desempeño. Esta propuesta recomienda incluso otorgar incentivos a aquellos gobiernos locales que consigan paulatinamente desincorporar de sus estructuras los programas de *welfare*, propiciando por una parte su reducción de-

¹⁹ Lynn Harsh y Bob Williams, “Dismantling the Welfare Culture”, *Alternatives in Philanthropy*, abril de 1996. Tomado de <http://www.townhall.com/crc/ap/ap-0496.html>, 19 de mayo de 1997.

finitiva y, por la otra, el traspaso de la responsabilidad social a las organizaciones de asistencia y caridad privadas.

Apelando a consideraciones morales, este grupo afirma que ningún programa gubernamental puede superar el sentimiento individual y humano de la compasión por el débil y que, aunado a ello, los organismos religiosos en Estados Unidos han probado a lo largo de la historia su mayor efectividad para administrar los recursos provenientes de la caridad pública a favor del prójimo, que los resultados obtenidos por administraciones centralizadas y burocráticas.

THE FUTURE OF FREEDOM FOUNDATION²⁰

Según este organismo, los programas surgidos en el marco del Estado benefactor se caracterizan por el despojo, la decepción y la confusión que, promovidos por el gobierno, vienen obligando a que un grupo de individuos “transfieran obligatoriamente parte de su riqueza a otros”. Dentro de esta perspectiva, la masa de contribuyentes se percibe indefensa y desorganizada, en contraste con un poder gubernamental que funciona en la práctica como *broker* o intermediario de un sinnúmero de intereses bien organizados y que persiguen para sí los recursos generados por los causantes fiscales.

La crítica de esta fundación sostiene que la política del *welfare* se ha logrado mantener disfrazada, dado su costo disperso al interior de un universo de contribuyentes, que no alcanza a identificar, aunque sus erogaciones individuales son pequeñas, el costo total de dicha política para los causantes es enorme. Si bien destaca que el gobierno obtiene un beneficio de todo esto, lo importante es que se favorece y privilegia en última instancia a una minoría de la población.

De esta forma, la propia democracia estadounidense queda paradójicamente expuesta al cuestionamiento de esta organización, que se pregunta si los intereses de una minoría —en este caso, los pobres— pueden estar por encima de los de la mayoría ciudadana que cumple con sus obligaciones tributarias.

²⁰ Sheldon Richman, “The Nature of the Welfare State”, *Freedom Daily*, abril de 1997. Tomado de <http://www.fff.org/freedom/essays/9704.html>, 23 de mayo de 1997.

Así, todos los subsidios de carácter social y el sistema que los promueve se presentan como la gran farsa y el abuso de unos por otros. El gobierno ha pervertido su papel en la medida que sancionó una serie de normas que han limitado la energía y el espíritu emprendedor de muchos estadounidenses.

Por último, aunque reconoce que la intrincada red de intereses que favorecen las políticas de asistencia social continuará legitimándolas frente al Estado, apela a que el disgusto de un número cada vez mayor de estadounidenses conscientes de la situación se oponga a los “atropellos” que el problema representa, aun siendo mínimos los beneficios que en especie podrían ser retribuidos a los bolsillos de los causantes individuales.

THE CLAREMONT INSTITUTE²¹

Entre sus argumentos resalta el considerar “los costos humanos” originados por un inadecuado sistema de beneficios sociales que, hasta antes de la reforma de 1996, tendía a destruir la autoestima y el carácter de los individuos al promover su apatía, el ocio y el desinterés. Confinando a las mujeres pobres a un estado de marginalidad económica y a los hombres a la violencia criminal, surgieron varias generaciones de niños “sumidos en la pobreza moral” a causa de las deficiencias de ciertos programas sociales que, entre los requisitos para acceder a sus beneficios, obligaron a convertir en disfuncionales a un número importante de familias.

Por otro lado, se alude también a los elevados costos fiscales representados por un *welfare* que resultaba por demás incosteable, en función de los elevados subsidios que debía cubrir y el número creciente de población en estado de necesidad que demandaba de ellos, frente a la presión política de un sector de contribuyentes reacio a aceptar un alza de impuestos o el recorte de algunos servicios públicos.

Defendiendo una postura moderada que contrasta con la radicalidad de las dos fundaciones descritas anteriormente, se suma al consenso obtenido entre los poderes Ejecutivo y Legislativo para poner en

²¹ Larry P. Arnn, “The Welfare Reform Imperative”, *Intellectual Ammunition*, febrero-marzo de 1997. Tomado de <http://www.heartland.org/01fbmr97.html>, 23 de mayo de 1997.

práctica la reciente reforma a los programas de asistencia pública directa. En este sentido apoya con firmeza su descentralización, bajo la advertencia de que deberán sortearse múltiples obstáculos —particularmente los vicios burocráticos— para que se perciban resultados positivos, puesto que se deben acelerar las alternativas para que los dependientes del sistema se incorporen a la población económicamente activa.

Una verdadera actitud compasiva para con el prójimo que permanece en la pobreza implica “ayudarlo para que se ayude a sí mismo” y no el subyugarlo a un estado de dependencia permanente. La sociedad y el gobierno tienen una responsabilidad social que cumplir, sin que ello implique que los individuos puedan libremente escoger entre las opciones de una vida fácil, a la luz de las estructuras de un Estado paternalista, y las responsabilidades del matrimonio o del trabajo.

Asimismo, no existen razones para que el aumento en el número de pobres en Estados Unidos haya resultado en el incremento desproporcionado de un aparato burocrático supuestamente indispensable para administrar el problema. En esta visión, es particularmente interesante reconocer que se acepta que la corrupción ha trascendido no sólo a los individuos sino a la sociedad estadounidense en general, en tanto que durante muchos años se practicaron una serie de políticas inadecuadas en favor de la población necesitada con el consentimiento tácito o expreso de la mayoría de los ciudadanos.

CATO INSTITUTE²²

La postura de esta entidad desestima abiertamente los programas del denominado Estado benefactor. Consideran que el gobierno federal debe abstenerse de participar en dicho “negocio de caridad”, en vista de que ello ha redundado en una sobrerregulación de la economía de Estados Unidos, y que la reforma de 1996 no significa sino una medida de propaganda política, tomando en cuenta que el 85 por ciento de los programas de asistencia social preexistentes no se modificaron.²³

²² Véase Doug Bandow, “Freedom vs. the Welfare State”, en *CATO This Just In*, 12 de febrero de 1997. Tomado de <http://www.cato.org/dailys/2-12-97.html>, 20 de mayo de 1997.

²³ Stephen Moore, “Ending Welfare Reform as We Know It”, en *CATO This Just In*, 23 de enero de 1997. Tomado de <http://www.cato.org/dailys/1-24-97.html>, 20 de mayo de 1997. Es intere-

El Estado benefactor aparece como un principio inmoral y una práctica desastrosa pues deshumanizó la pobreza, trastocó la vocación al trabajo de muchos individuos y promovió la irresponsabilidad de los jóvenes —hombres y mujeres—²⁴ para asumir el papel de padres de familia, en medio de un gobierno que actualmente es mucho más costoso y grande de lo que el estadounidense común supone. Aun cuando se sostiene que el país vive una “revolución conservadora”, contada desde la asunción de Ronald Reagan a la Casa Blanca hasta la victoria de los republicanos como mayoría en el Congreso durante 1996, esta organización insiste en que la verdad es que los recortes al gasto, las regulaciones y los programas gubernamentales han sido mínimos como para sanear efectivamente la economía del país.

Para ellos es difícil distinguir hoy en día a los republicanos moderados de los demócratas, pues la tibieza de los primeros ha quedado demostrada con el sustantivo apoyo que han dado a los segundos para que se incremente el salario mínimo, se obstruyan los recortes presupuestarios y las reformas a la legislación ambiental.

Por otra parte, se hace una persistente labor para descalificar las recientes modificaciones a los programas de asistencia monetaria directa como el AFDC, tendientes a incorporar al trabajo a sus beneficiarios, pues sus cálculos arrojan que cada empleo generado dentro del nuevo esquema podrá costar más de 6 000 dólares adicionales al gobierno, en relación con lo que éste solía gastar por individuo;²⁵ además de que no bastará con la simple dotación de un trabajo para contrarrestar crecientes patologías sociales como el número de nacimientos fuera del matrimonio o los embarazos en mujeres menores de edad.

Sus propuestas se centran en la eliminación definitiva de los programas de asistencia social, considerando que se han convertido en un medio de vida para muchos estadounidenses que tienen plena ca-

sante añadir que en este documento se encontró una mención explícita al hecho de que los inmigrantes indocumentados deben quedar jurídicamente al margen de los beneficios de los programas sociales, pues desde la época de Ellis Island se repatriaba a aquellos que se consideraba incapaces para cuidar de sí mismos; el autor añade que las regulaciones migratorias de Estados Unidos previenen para que los inmigrantes no se conviertan en una carga pública.

²⁴ Durante 1995, se podía reconocer que el programa Medicaid cubría en once estados la posibilidad de que las mujeres solteras recibieran como beneficiarias del *welfare* tratamientos completos para combatir la esterilidad. Véase Tanner, “Welfare Reform”.

²⁵ *Ibid.*

pacidad para el trabajo. El gobierno federal debe suprimir el subsidio a dichas iniciativas y, si los gobiernos estatales deciden continuarlas, deberán establecer los mecanismos adecuados para allegarse directamente los recursos que necesiten.

Sin el *welfare* como incentivo, visualiza que habrá menos pobres, puesto que seguramente nacerán menos niños en este medio; los pobres optarán por trabajar y aquellas mujeres que dentro de esta esfera tengan aún hijos fuera del matrimonio, “podrán con mayor facilidad entregarlos en adopción”, puesto que se deberán eliminar al unísono las barreras burocráticas que a la fecha dificultan dichas gestiones.²⁶

Para que la sociedad civil recupere su liderazgo frente al problema de la pobreza, es determinante que el gobierno cese en la aplicación de políticas que frenen el crecimiento económico y abatan el espíritu emprendedor de los individuos. La caridad privada es el ámbito natural en el que deberá recaer la responsabilidad de asistir al necesitado.

La historia de Estados Unidos demuestra que es la nación más generosa del mundo —la cifra de 1995 se mantenía por arriba de los 125 000 millones de dólares anuales concentrados en obras de beneficencia—, por lo que la tarea del gobierno consistiría en deducir de los contribuyentes el 100 por ciento de sus aportaciones individuales dirigidas para dichas obras.²⁷

Exaltando la filantropía, afirma que la caridad privada ha probado ser eficaz para seleccionar a sus beneficiarios sin hacerlos esclavos de un determinado sistema; que ha incorporado a sus instituciones las ventajas de asesoría y seguimiento personalizados, en lugar de extender a ciegas un pago irracional. Por añadidura, en vista de la separación que por ley existe en aquel país entre el Estado y la Iglesia, sostiene que la opción de la caridad privada es la única que puede incorporar la promoción de los valores religiosos, como parte medular para dotar de un marco de moralidad que ayude a los pobres a escapar de su condición.

²⁶ Véase Michael Tanner, “Replacing Welfare. It’s Time to Replace the Failed Government System with Civil Society”, *CATO On Line Policy Report* XVIII, no. 6, noviembre-diciembre de 1996. Tomado de http://www.cato.org/pubs/policy_report/endofwelfare.html, 20 de mayo de 1997.

²⁷ Tanner, “Welfare Reform”.

Para cerrar, pareciera que esta facción de ultraconservadores nos plantea que el error en el que se incurrió fue dotar al Estado de atribuciones más allá de su “ámbito natural”. Así, la posibilidad de cortar de tajo lo que se inició en 1965 como un gasto del gobierno que representaba 70 centavos de cada dólar asignados directamente para los pobres, treinta años después acabaría pervirtiéndose en una asignación para sostener una pesada burocracia.²⁸

La vuelta a la armonía estribaría así en dejar a los pobres en el reducto de la supervivencia spenceriana de los más aptos. Preguntamos: ¿en una sociedad permeada hoy por el libre flujo de seres humanos como mercancía?

THE HERITAGE FOUNDATION²⁹

Para este organismo, que cuenta con un liderazgo definido e indiscutible dentro del ámbito de la toma de decisiones del gobierno, no deben disociarse las políticas sociales de los aspectos morales que rigen a la comunidad. La discusión sobre los programas adscritos al *welfare* aparece así permanentemente vinculada al problema del deterioro de la familia y los valores tradicionales en Estados Unidos, y se da por hecho que los primeros han tenido efectos sensibles sobre la estructura de dicha célula y su entorno ético.

Se considera que debido a que los programas de asistencia social directa han desestimado la descomposición del orden establecido, ejemplificada por el aumento de niños nacidos fuera del matrimonio (“hijos ilegítimos”), la actual reforma no surtirá mayores efectos. Plasmado de incoherencias, el nuevo esquema continúa siendo laxo al asignar durante los próximos siete años medio billón de dólares como subsidio para las familias de un solo padre, pues llega a incluir servicios de guardería y capacitación para el trabajo.³⁰

²⁸ *Ibid.*

²⁹ Una visión detallada sobre las posturas de este *think tank* se puede encontrar en Patrick F. Fagan, “Los valores familiares conservadores y el discurso político en Estados Unidos”, en Verey y Núñez, *El conservadurismo en Estados Unidos...*, pp. 257-297.

³⁰ Robert Rector, “Welfare Reform and the Death of Marriage”, *The Heritage Foundation*, 22 de febrero de 1996. Tomado de http://www.heritage.org.80/heritage/commentary/op_rr2.html, 16 de mayo de 1997.

Como pretende una visión integral del dilema de la pobreza, las alternativas que esta fundación cree conveniente tomar en cuenta coinciden en apoyar el fortalecimiento de las instancias civiles y privadas (iglesias, asociaciones voluntarias y no lucrativas, etc.) para terminar en un futuro con la intervención del gobierno como actor de un drama que rebasa su ámbito de acción. Por otra parte, alude a que el sistema tributario debe modificarse para promover la estructura familiar tradicional (padre como proveedor, madre como responsable del cuidado del hogar, e hijos); que se deben también establecer políticas que obliguen a trabajar a todos aquellos aptos para ello; que se endurezca la legislación que facilita la disolución del vínculo matrimonial; que se promueva la abstinencia sexual, etcétera.

Por otro lado, señalan que la sociedad debe cambiar radicalmente su sentimiento compasivo por el necesitado y reformar las estructuras de caridad privada hacia una visión más comprensiva, como la que se aplicó durante la etapa reformista del siglo XIX y, que definida en el texto *Breve historia de los Estados Unidos* de Samuel Eliot Morison apareció como una renovación moral del idealismo estadounidense.³¹ Puesto que se ha errado al no analizar detenidamente las graves consecuencias del dar a los pobres sin esperar un compromiso de su parte, tanto la caridad individual como el *welfare* se han convertido en un impulso destructivo.

La recomendación es que las instituciones de caridad privada apoyen a los que requieren de ellas mediante estímulos que conduzcan a sus beneficiarios a escapar de su condición. Tanto los donadores como su clientela deben sentirse orgullosos unos de otros. Los primeros debieran apoyar, por ejemplo, la creación de negocios en pequeña escala en los que, bajo su asesoría, las personas pobres adquirieran una “mentalidad empresarial” que en el mediano plazo las dotara de independencia económica.³²

³¹ Samuel Eliot Morison *et al.*, *Breve historia de los Estados Unidos* (México: FCE, 1987).

³² James L. Payne, “The Smart Samaritan. Five Habits of Highly Effective Charities”, *Policy Review; The Journal of American Citizenship* no. 83, mayo-junio de 1997. Tomado de http://www.heritage.org.80/heritage/preview/may97/th_payne.html, 14 de mayo de 1997.

LA VISIÓN SOCIAL DEL NEOCONSERVADURISMO

Debido a la marcada ascendencia que en el entorno político de Estados Unidos han adquirido algunos de los representantes intelectuales de la denominada corriente neoconservadora,³³ dedicamos un espacio para revisar sus posturas y aportar al contraste con las esgrimidas desde organizaciones formales (*think tanks*) que defienden intereses y formas de representación políticas particulares.

Si partimos de la consideración de que la política social es un asunto de política interna, el sentir de los neoconservadores respecto al compromiso social del Estado puede comenzar a definirse por los señalamientos hechos por Seymour Lipset en el sentido de que: “[...] casi todos los neoconservadores permanecen liberales y demócratas en la mayoría de los asuntos de política interna”.³⁴

Ya desde 1976, el propio Irving Kristol sostenía que el neoconservadurismo no estaba en contra de la idea de un Estado benefactor y que favorecía además la seguridad y el bienestar del individuo mediante las necesarias reformas y políticas sociales, siempre y cuando éstas lo hicieran sin detrimento a su privacidad y sin afectar los intereses de las empresas privadas o el libre juego de las fuerzas del mercado.³⁵

Como complemento de este argumento, es conveniente citar el razonamiento del especialista Jesús Velasco, quien destaca que los neoconservadores se oponen al paternalismo de Estado, aun cuando favorecen su intervención limitada en la economía y con el objetivo preciso de defender el sistema capitalista, mismo que consideran como “la única vía que garantiza la sobrevivencia de una cultura civilizada”.³⁶

En palabras de Kristol:

Después de todo, el propósito esencial de la política es transmitir a nuestros hijos una civilización y una nación de la cual puedan enorgu-

³³ Véase Márquez-Padilla, “Tendencias conservadoras...”.

³⁴ Seymour Martin Lipset, “Neoconservadurismo: mito y realidad”, *Sociedad* (enero de 1989): 22.

³⁵ Véase Irving Kristol, *Reflections of a Neoconservative* (Nueva York: Basic Books, 1983), 76-77.

³⁶ Véase Jesús Velasco, *Neoconservatism: Some Theoretical and Terminological Clarifications*, colección de documentos de trabajo no. 16 (México: CIDE, 1995).

llecerse. Esto significa que debemos ser capaces de definir lo que realmente queremos, antes de calcular lo que se puede lograr, y no a la inversa [...].³⁷

Ahora bien, si comprendemos que el capitalismo actúa para los intelectuales neoconservadores como un valor en sí mismo, no es difícil entender que su aproximación a la problemática social omita reconocer que sus causas están ligadas a un orden sistémico. Así, se explica su profundo recelo respecto de los movimientos sociales, en tanto iniciativas disruptivas de abajo hacia arriba al interior de la estructura social. Al insistir en que el dilema central de Estados Unidos reside actualmente en una crisis de autoridad, cuyas consecuencias vienen debilitando sus instituciones y deformando las concepciones tradicionales del quehacer político,³⁸ presuponen la existencia de un orden jerárquico y coercitivo en el que la inconformidad no daría cabida a la desobediencia. En esta lógica, las luchas de los años sesenta por reivindicaciones sociales marcaron el principio de un fin esencialmente amoral, al obstaculizar la “sana” reproducción de un orden establecido.

Las bases de la legitimidad para los neoconservadores están en el reconocimiento de las diferencias, pues ¿cómo construir sin ellas la noción de superioridad frente a la de inferioridad, de lo bueno —o el bien común— frente a lo malo, del rico frente al pobre?

En un universo polarizado, el neoconservadurismo persevera en la tradición madisoniana que postuló a los pobres no sólo como una amenaza, sino como el origen de los desajustes de la democracia estadounidense.³⁹ Su defensa del sistema capitalista “como única vía que garantiza la sobrevivencia de una cultura civilizada”, implica la regulación de los problemas sociales a partir de un orden vertical que pretende distorsionar la legitimidad de las luchas sociales en favor de la igualdad y la justicia social, haciéndolas aparecer frente a la opinión pública estadounidense como producto de las más oscuras intenciones de manipulación de algunos grupos radicales. Luego entonces, para prevenir la movilización de los pobres y otros gru-

³⁷ Irving Kristol, “A Conservative Welfare State”, *The Wall Street Journal*, 14 de junio de 1993.

³⁸ Velasco, *Neoconservatism...*, 24.

³⁹ *Ibid.*, 27.

pos, es indispensable la imposición de normas que devengan en su control social.⁴⁰

Mientras afirman que la democracia en Estados Unidos ha sido excesivamente complaciente con los grupos minoritarios (pobres, negros, mujeres, homosexuales, etc.), ocasionando una distorsión respecto de los intereses genuinos de la nación, estiman indispensable el adelgazamiento del aparato de gobierno, para devolverle su eficiencia mediante la racionalización de sus compromisos y funciones.⁴¹

CONCLUSIONES

Mediante una clara tendencia hacia el desmantelamiento definitivo de todos aquellos programas de atención a la pobreza, los grupos de presión conservadores perseveran en la recreación del sueño americano, omitiendo que a lo largo de la historia de Estados Unidos éste ha sido plenamente vigente para unos cuantos, una esperanza para los más y un imposible para muchos otros.

En su esquema, la pobreza parece referir más a una situación voluntariamente adquirida —conformismo, mediocridad individuales— que al producto de relaciones económicas, políticas, sociales e incluso culturales que determinan el acceso diferenciado de los sujetos a la movilidad social.

Por otra parte, se puede considerar que la postura de la intelectualidad neoconservadora es moderada en relación con las políticas de alivio a la pobreza. Se pueden ubicar como una expresión de centro al interior del espectro político estadounidense y aparecen como una mezcla de pragmatismo que oscila entre el liberalismo rooseveltiano y el antipopulismo, dado que por una parte apoyan al Estado benefactor y por la otra rechazan la “Guerra contra la pobreza”, incorporada al proyecto de la Gran Sociedad de la administración de L.B. Johnson.

⁴⁰ Véase Norman Podhoretz, “The Adversary Culture and the New Class”, en B. Bruce-Briggs, ed., *The New Class* (Nueva York: Mc Graw-Hill, 1981), 26, y Velasco, *Neoconservatism...*, 26 y 27.

⁴¹ Véase Samuel P. Huntington *et al.*, *The Crisis of Democracy* (Nueva York: New York University Press, 1975).

En este sentido, la visión neoconservadora cuida más de los aspectos formales de la política, derivados de su propia óptica de la pobreza y de la construcción de lo *politically correct*, que lo que persiguen los grupos conservadores en tanto acciones de fondo (políticas públicas).

No obstante, las convergencias entre ambos hacen evidente su aprecio por el *buen gobierno*, entendido como sinónimo de gobierno limitado; por los valores morales de la sociedad (religión y familia), y por la preponderancia de la *diferencia* entre los hombres.

Señalando que el gasto aplicado a los programas para eliminar la pobreza material ha degenerado en la formación de la denominada *underclass* o marginados sociales —considerados como un sector social de alto riesgo por haber transgredido los estándares de la pobreza tradicional hasta destruir la moral del trabajo, la estructura familiar, etc. —, la estigmatización del pobre ha llegado al grado de responsabilizarlo de la creciente deuda interna y del mal uso de las aportaciones de los contribuyentes.

Los conservadores y los neoconservadores no identifican el ejercicio de la justicia social como parte fundamental de la democracia, sino que por el contrario, buscan descalificar las reivindicaciones orientadas a proteger los derechos sociales, como la igualdad de participación política de los pobres, la equidad de oportunidades o los programas de acción afirmativa,⁴² mediante el argumento de que al ponerlos en práctica dañan la autoestima individual de las personas e impiden que la sociedad les reconozca plenamente sus méritos. En este marco, la política social no persigue la redistribución de oportunidades ni de recursos entre los ciudadanos.

Cuando Gingrich señala que “sin una civilización estadounidense vibrante, la barbarie, la violencia y la dictadura aumentarían en el planeta”, deberíamos preguntar que si la desigualdad distributiva, los elevados índices de criminalidad, la discriminación racial subsisten hoy en dicha sociedad ¿no la barbarie y el propio autoritarismo internos son características *sine qua non* de esta civilización vibrantemente capitalista?

⁴² En las elecciones de noviembre de 1996, se aprobó la Propuesta 209 en el estado de California, con lo que se canceló la política de Acción Afirmativa que otorgaba “privilegios especiales” a las minorías.

Como contrafuerte, conservadores y neoconservadores sostienen que los estadounidenses deben recuperar la confianza en sus instituciones y líderes políticos tradicionales. Francis Fukuyama va más lejos proponiendo el rescate de la confianza social por la vía de la restitución de los vínculos morales que,⁴³ desde nuestra perspectiva y para el caso particular de Estados Unidos, aparecen rotos por una visión innegablemente individualista y de derecha.

⁴³ Véase Francis Fukuyama, *Trust: The Social Virtues and the Creation of Prosperity* (Nueva York: The Free Press, 1995).